

Preludios del Mal

Antonio Grimalt García

Índice:

A través de la noche umbría

Discrepancias en el origen del Mal

Los demonios en la Biblia

- a) “Satanás” en las Escrituras
- b) “Diablo” en las Escrituras
- c) La claves de ciertas expresiones bíblicas
- d) Terminología como términos de un contexto político
- e) La tentación de Jesús en el desierto

El desquite final

Preludios del Mal

A través de la noche umbría

Desde la Edad Media, la presencia del Príncipe del Mal ha sido una de las certezas más escalofriantes para los cristianos. Con el nombre de Satanás, Diablo, Belcebú o Lucifer, el demonio siempre se nos aparece al frente de sus legiones de genios, espíritus maléficos, íncubos y súcubos, como el enemigo eterno de Dios, dispuesto a cualquier tipo de estratagema para tentar al hombre y hacer fracasar el proyecto de salvación divino. Se trata de un combate eterno, una pugna desatada por el afán de revancha de un ser que, a decir de las distintas Iglesias, salió derrotado en una primera batalla y ahora trama su venganza. Y es tan infinito su afán de represalia que ha destinado a esta lucha todos sus efectivos: en total 1.758.064.176 diablos, con sus variadas clases de degradación, si nos atenemos al censo realizado por el beato Reichhelm de Schöngan.

El Diablo es un pues un ser humillado, resentido, reo del exilio infernal por su fracaso en una guerra que tuvo lugar antes de que este mundo existiese. ¿O fue después?

Cuando se intenta rastrear el origen del diablo cristiano, resulta difícil zafarse de un atolladero de versiones falseadas, mitos contradictorios, interpretaciones antropológicas prendidas por alfileres, razones teológicas amparadas en hábiles tijeretazos y pasajeras alusiones históricas que evitan meterse en camisas de once varas. ¿De dónde surgió este personaje aterrador de la Edad Media? ¿Cuál fue el verdadero origen de un ser utilizado durante siglos como chantaje y amenaza a nuestros deseos más ocultos? ¿En qué época tuvo lugar esa contienda colosal?

La búsqueda puede llevarnos a revelaciones más sorprendentes de lo que parece. Y de paso, aprenderemos que pocas cosas en este mundo están hechas de una sola pieza, sino que son el resultado de un va y viene, una mezcla, un entrecruzarse de culturas y deseos, de empeños y disfraces, de grandes pasiones y adulteraciones vergonzantes de las que el tiempo casi ha logrado borrar las cicatrices. Detrás de las apariencias de dioses y demonios se encuentra muchas veces la chapucera, cuando no mal intencionada labor de sastre de una historia oficial (eclesiástica o mitológica) que cogió allí, pegó allá, le dio la vuelta a uno y recosió al otro, para justificar la preexistencia de los ideales que representa.

Nunca la tan aludida frase de “perderse en la noche de los tiempos” fue mejor utilizada para encubrir los mecanismos de una génesis universal que nos afecta tan directamente, hasta el punto que es base de nuestra moral y nuestra cultura. Si todo comenzó en esa impenetrable noche, ¿por qué no atravesar el telón y hacer un esfuerzo por discernir que se oculta entre las bambalinas? Tal vez, descubramos otra magia negada hasta ahora a nuestros ojos; tal vez, la visión de esos secretos engranajes aumente nuestro afán por creer que lo trascendente se eleva muy por encima de algunas fábulas; tal vez, no sea más que una bella historia.

Si la ciencia primordial no miente, el sol siempre renace tras la oscuridad. ¡Atravesemos la noche! ¡Crucemos el umbral!

Discrepancias en el origen del Mal

Todas las culturas alojan entre sus mitos una historia acerca del origen del Mal. Esa fuerza oscura que emponzoña todo lo bello, que corrompe lo mejor de cada ser y que sólo busca la destrucción. En algunos casos esta fuerza no la encontramos directamente personalizada en algún tipo de mito, pero, por lo general, abundan en las leyendas todo tipo de narraciones entorno a su presencia y los desastres que provoca. Así, en los cuentos egipcios, se habla de una edad

de oro perdida y la muerte causada por la "antepasada de las mujeres" y la serpiente; en las leyendas Indias se nos explica que Brahma fue tentado por Shiva para que creyera que la flor del árbol del conocimiento le daría la inmortalidad; o en la mitología griega nos encontramos con la famosa historia de Pandora: una mujer que iba a casarse con uno de los dioses antes de la existencia del mal. Le dieron una caja y le pidieron que no la abriera hasta después de su noche de bodas. Sin embargo, ella no pudo controlar su curiosidad y al abrirla desencadenó las terribles desgracias sobre la raza humana. En cuanto a la Biblia el origen de todas nuestras desgracias se halla incluido en el relato de Adán y Eva.

Pero en el caso de la Biblia, la presencia del Diablo no es tan clara como muchos pretender creer. El Maligno aparece y desaparece, se confunde y es confundido por interpretaciones posteriores con otras presencias que en ningún momento se identifican como el Demonio. Sí aparece el Mal, pero no la figura del Diablo como lo conocemos.

Lo cierto es que la figura del Diablo debe mucho a otros ídolos y dioses clásicos del submundo. Desde el dios Seth egipcio, al perverso dios Loki escandinavo, pasando por el destructor Shiva de la India, los "djinn" orientales, los "devas" persas o cualquiera de los múltiples genios de las culturas tribales más antiguas. Quizás quienes contribuyeron principalmente a la personificación del Diablo fueran los dioses cornudos de las religiones prehistóricas y sus derivaciones en cultos posteriores, como el de Osiris de los egipcios o el dios Pan de los griegos. Curiosamente, las religiones prehistóricas que dieron origen a los dioses cornudos carecían de diablo. Los dioses cornudos eran deidades dualistas que influían tanto en los buenos como en los malos acontecimientos. Pese a todo, las diversas manifestaciones de dioses cornudos, tal vez por su relación con los ritos sexuales de fertilidad, fueron considerados como abominaciones por la Iglesia (salvo en el intrigante caso de Moisés, representado en numerosas esculturas y pinturas también con "keren", cuernos, de luz semibovinos) y, rápidamente, integrados dentro de los bagajes maléficos que definían al Enemigo de Dios. De todos ellos se ha servido para configurar partes de su carácter o copiar atributos de su fisonomía.

Pero si alguno ha influido de una manera profunda en ese concepto actual del Diablo, ha sido el Satanás judío; aunque se deban establecer ciertas diferencias claves con el Diablo cristiano.

Los judíos tenían sus propios demonios y espíritus maléficos, y el Satanás del Antiguo Testamento era, en su origen, un ángel cuya función sólo consistía en comprobar el grado de fidelidad que los hombres sentían hacia Dios. Pero, aquel ángel comenzó a evolucionar y a tomar importancia, pasando después a ser el acusador del hombre ante Dios y llegando finalmente a ser él mismo el que intentaba tentar al hombre. Pero nunca, según la versión judía del mito, llegaba a enfrentarse a Dios.

La figura del diablo como ángel caído que se enfrenta a Dios, aparece amparada por otras leyendas judías y, sobre todo, por la influencia en el cristianismo primitivo del Libro de Enoch, un texto apócrifo (por tanto, no admitido por la Iglesia), escrito alrededor del siglo II a.C. y que aparece en otros apócrifos como el cuarto presente, después del oro, el incienso y la mirra, que le ofrecen los Magos a Jesús recién nacido.

Hallado por Bruce y Ruppel en Abisinia, en lengua etíope, fue llevado a Europa y traducido por el Arzobispo Laurence en 1821. Esta obra, mencionada en la epístola de San Judas y por varios Padres de la Iglesia, también repudiada por los hebreos, y es una compilación de los escritos de varios autores fariseos, escrita parte en hebreo y parte en arameo, aunque conocida como "Libro Etiópico" por ser la lengua en que estaba escrita la versión encontrada.

En sus páginas encontramos la narración del primer conflicto entre los ángeles y Dios: *«Cuando los hijos de los hombres se hubieron multiplicado, aconteció en aquellos tiempos que de ellos nacieron hijas hermosas y gráciles. Y los ángeles, hijos del cielo, las vieron y las desearon, y se dijeron: "Vayamos y elijamos esposa entre los hijos de los hombres y engendremos hijos"»*. ¿Pero quién encabezaba la revuelta? Un ángel de nombre Azazel descendió a la tierra guiando doscientas huestes celestiales sobre el monte Hermón, donde tomaron mujeres de la tierra y *«comenzaron a penetrar en ellas y a gozar con ellas»*. En

esta relación, las hijas de los hombres, mujeres de la época antediluviana, aprendieron de sus compañeros angélicos hechizos y encantos, además de la forma de recolectar las raíces.

Enoch, que en el libro figura como el patriarca hebreo, padre de Matusalem, llamó a estos ángeles “los Vigilantes” y Azazel aparece identificado como el que “ha enseñado toda injusticia en la tierra y ha revelado los secretos eternos que estaban guardados en el cielo, los cuales los hombres se esforzaban por conocer”.

(Repárese que en la mayoría de los mitos el factor que desencadena todas las penalidades y que se considera como el mayor pecado es el ansia de saber, como Pandora o Adán y Eva; y aquellos otros que poseen el conocimiento y lo transmiten, como Shiva, Prometeo, la Serpiente, o “los vigilantes”, sufren el peor de los castigos).

Los hijos de estas uniones fueron se convirtieron en malvadas criaturas que devoraban a los hombres y que “empezaron a pecar contra las aves y las bestias y los reptiles y los peces”. Entonces, Dios envió a los arcángeles Rafael y Miguel a castigar a Azazel y a los Vigilantes. El juicio final de Azazel se declara con estas palabras: *«El Señor dijo a Rafael: “Ata a Azazel de pies y manos, y échalo a las tinieblas; haz una abertura en el desierto, el que está en Dudael, y échalo ahí dentro... Y en el día del gran juicio será echado en el fuego... Toda la tierra ha sido corrompida por las obras que enseñó Azazel; atribúyete a él todos los pecados”»*. Y aunque estas palabras puedan inducir a una identificación de Azazel con Satanás, pues es arrojado al desierto hasta el Día del Juicio Final en que perecerá en el fuego eterno, no podemos llegar a tal extremo, como mucho podemos decir que muestra lo que entendían los judíos acerca de Azazel en el siglo I a.C.

Además la aparición de personajes misteriosos, a los que se hace mención de pasada, llegado este punto es tal que hasta el Génesis nos lleva a grandes desconciertos, como es el caso del versículo 4, capítulo 6: *«Había gigantes en la tierra en aquellos días, y también después que se llegaron los hijos de Dios a las hijas de los hombres, y les engendraron hijos. Estos fueron los valientes que desde la antigüedad fueron varones de renombre»*. ¿Viene a decirnos esta escena que una vez existió una raza de gigantes antes de la creación bíblica del hombre

Adán; gigantes que convivían con los hijos e hijas de los hombres y que la rebelión de los Vigilantes terminó con la destrucción de todo ser viviente sobre la faz de la tierra, incluida esta raza pre-adánica? Al parecer, salvo los descendientes de Noé, en el Libro de Enoch los únicos que siguieron existiendo eran unos demonios surgidos de los cadáveres de los “Vigilantes” que, al llegar el diluvio, vagaban por la tierra sembrando la maldad y la destrucción.

Algunos de los Primeros Padres de la Iglesia prefirieron otra leyenda que fundaba el origen del Diablo en la sublevación de un arcángel contra Dios por orgullo. Para ello se basaron en los escritos de Isaías donde el profeta nombraba al Maligno: *«¡Cómo has caído del cielo, oh Lucifer, hijo de la mañana! ¡Cómo te has venido al suelo, tú que debilitaste las naciones! Pues te dijiste en tu corazón, me elevaré a los cielos, exaltaré mi trono por encima de las estrellas de Dios; me sentaré también en el monte de la asamblea, en la parte del Norte; subiré más allá de las alturas de las nubes; seré igual al Altísimo. Sin embargo, serás arrojado al infierno, a lo profundo del abismo».*

En un segundo libro de Enoch también aparecía esta versión con un final en parte coincidente con la Biblia, donde un arcángel llamado Satanás trató de igualarse a Dios y sedujo a los Vigilantes para que se rebelaran con él; pero, igualmente, es expulsado del cielo y tratará de vengarse seduciendo a Eva en el Paraíso.

Hacia finales del siglo I d.C. estas leyendas se habían mezclado lo suficiente como para ser la base de una concepción del Diablo como ente independiente que había sido expulsado del cielo por querer suplantar en el trono a la más poderosa divinidad. Y, pese a que en ninguna parte del Génesis se hace mención de que la serpiente que tentó a Eva fuese el Diablo o alguno de sus cómplices, los autores cristianos primitivos desarrollaron esta creencia que se convirtió en uno de los fundamentos de la fe cristiana.

No obstante, la advertencia en contra del orgullo y las ansias de sabiduría no eran suficientes razones para la inclusión de la presencia del Diablo en los primeros momentos de la humanidad. Como ya dijimos, el rechazo de la Iglesia a

todos los cultos con dioses caprinos estaba motivado en gran parte por los componentes sexuales de su adoración. Poco a poco, los distintos intérpretes cristianos irían encontrando la naturaleza fundamental de ese Pecado Original que condenó a la humanidad: la concupiscencia. El mal estaba en el sexo y el deseo libidinoso aparecerá desde ese momento como una de las mejores armas con que cuenta el Diablo.

La interpretación de la caída de los ángeles y la caída de Adán y Eva en términos sexuales la encontramos ya en los escritos de ciertos rabinos judíos, así como en los Padres de la Iglesia y escritores eclesiásticos de los primeros siglos de nuestra era.

Clemente de Alejandría en el siglo II escribiría, al más puro estilo de la abuelita que regaña a su nietecito Adán que: *«el primer hombre de nuestra raza no esperó el tiempo apropiado, deseando el favor del matrimonio antes de su hora y cayó en pecado por no esperar el tiempo de la voluntad de Dios. Ellos (Adán y Eva) fueron inducidos a hacerlo mucho antes de lo normal porque estaban todavía jóvenes y fueron arrastrados por el engaño»*. Naturalmente, la culpa de ese pecado de precipitación no era ya del Dios que les dijo “Creced y multiplicaos”, sino de un ser maligno que les hizo entender mal las palabras del creador, induciéndoles a tener demasiada prisa, cuando tenían toda la eternidad por delante.

De igual manera, Teófilo Antioqueo y San Irineo consideraban a Adán en una edad prematura cuando infringió el precepto de abstenerse de la unión conyugal con Eva, su futura esposa, no porque fuera una acción mala, sino impropia de su edad.

Este concepto de que la caída ocurrió en un período de inmadurez antes de que alcanzaran la perfección, también es compartido por Pedro Lombardo, Hugo de San Víctor, Alejandro de Hales, San Buenaventura, Juan Duns Escoto y otros en la escuela franciscana.

Influidos por algunos libros apócrifos de esa época y en especial por el Libro de Enoch, la noción de una relación carnal de los ángeles con las mujeres en

los comienzos de la historia era comúnmente aceptada, sobre todo, para interpretar los versículos del Génesis 6:1-4. Tertuliano llama a esos ángeles caídos "Desertores Dei, Amatores Feminarum" (Los desertores de Dios y amantes de las mujeres). Interpretaciones similares fueron mantenidas por: San Irineo, Atenágoras, San Atanasio, San Ambrosio, San Jerónimo, San Justino y otros. Sin embargo, esos análisis ambiguos e incompletos no prosperaron, ni pudieron realmente ofrecer un remedio efectivo al grave problema del Pecado Original.

Algunos, como el autor del "Ambrosiaster", un escrito del siglo IV atribuido durante mucho tiempo a San Ambrosio, llegan hasta el punto de incurrir en disparates como el de contradecir a "Dios", (que no a "Yahvéh Dios") sobre su precepto de la procreación, afirmando que el mal está en la pérdida de la virginidad de Eva: *«Al ser corrompida Eva, la primera mujer, pierde su virginidad contra la voluntad de Dios y aparece corrompido cuanto de ella se engendra, comenzando por Caín, nacido de la primera desobediencia... El demonio ha utilizado a Eva para enredar a Adán, haciendo de él un instrumento para usurpar la soberanía suprema, que sólo a Dios pertenece... Adán el hombre primero y único creado y promovido por Dios a la realeza universal, con la investidura de la imagen y semejanza divina, aceptó la propuesta demoníaca de hacerse igual a Dios desflorando la virginidad de su mujer, Eva, a la cual el Señor había prometido el amor conyugal y casto de un matrimonio santo».*

En resumen, ¿quién es el culpable de todas estas "maldades"? ¿El Diablo? El mismo texto del Génesis no se aclara (o lo aclara demasiado bien) y las interpretaciones posteriores parecen sacadas de la manga.

Leemos en Génesis 3:4,5: *«Entonces la serpiente dijo a la mujer: No moriréis; sino que sabe Dios que el día que comáis de él, serán abiertos vuestros ojos, y seréis como Dios, sabiendo el bien y el mal».* Se interpreta equivocadamente que la serpiente aquí es un ángel que había pecado, llamado "Satanás"; y que habiendo sido expulsado del cielo por su pecado, vino a la tierra y tentó a Eva para que pecara. En ningún momento del pasaje se menciona que "la serpiente" sea un ángel, como tampoco las palabras "satanás" o "diablo" hacen

su aparición en la totalidad del libro de Génesis. Por lo tanto, no es sorprendente que no haya referencia en Génesis a nadie que haya sido expulsado del cielo.

Los participantes implicados en el relato de Génesis acerca de la caída del hombre son: Dios, Adán, Eva y la serpiente. No se menciona a nadie más. No hay ninguna evidencia de que el Diablo adoptase la forma de serpiente para efectuar lo que hizo. Dios castigó a la serpiente, pero no a "Satanás". ¿Por qué no se le menciona, y por qué no fue también castigado?

Entonces, ¿quién es esa serpiente que indujo a que cometieran Adán y Eva cometieran el pecado original (sea éste la sexualidad, el ansia de conocimiento o ambas). El pecado entró al mundo por el hombre, por lo tanto, la serpiente es en todo caso un ser amoral, que habla basada en sus propias observaciones naturales; simplemente se limita a informar, como en tantos otros mitos, que hay un saber oculto al alcance del hombre. La serpiente vio y oyó la prohibición de Dios para el hombre, y llegó a la conclusión de que la muerte no sería el resultado de comer, que lo que Dios quería ocultarles era el saber del bien y del mal.

En un escenario donde los ángeles mantienen relaciones con las hijas de los hombres, donde una misteriosa raza de gigantes se pasea por el medio, el secreto del conocimiento debía de estar al alcance de todos. ¿Por qué tiene que ser precisamente esa serpiente el diablo?

Demasiados personajes sin diálogo y otros con un papel por definir. En consecuencia, demasiado lío para lo que se considera el inicio de una creación divina.

Llegados a este punto es necesario detenernos un momento sobre un detalle fundamental: El libro del Génesis contiene dos versiones sobre la creación del mundo y el hombre que están expuestas en los capítulos 1 y 2, respectivamente. En realidad, las diferencias no son muchas, pero resulta extraña esa reiteración consentida, cuando debería bastar con una sola versión sobre el origen de los tiempos. Sin embargo, lo más curioso es que cada uno de los creadores que aparecen en esas dos versiones reciben un nombre: el del capítulo 1 se llama "Dios" y el del capítulo 2 se le denomina "Yahvéh Dios". A lo largo de la

lectura de los capítulos posteriores, los nombres de uno y otro creador se van intercalando, y todo podría inducir a pensar que son el mismo; pero existe una sutil diferencia: “Dios” y “Yahvéh Dios” se contradicen e, incluso, “Yahvéh Dios” actúa en ocasiones en contra de los designios de “Dios”.

Mientras “Dios” no pide en ningún momento de que se le hagan ofrendas, “Yahvéh Dios” desprecia la ofrenda de Caín, lo que desencadenará en el posterior asesinato de Abel. “Yahvéh Dios” parece una deidad ganadera que desprecia al agricultor y por tanto, a pesar de que nada se advirtió a Caín sobre no matar, lo castiga tan duramente como hizo con su padre Adán. Porque, casi siempre es “Yahvéh Dios” el que castiga.

Parece como si nos encontrásemos ante dos divinidades: Por una parte un “Dios” más plácido que dispone y ordena, pero también expresa su pesar por tener que tomar esas decisiones; y por otro, un “Yahvéh Dios” que no repara en castigar sin previo aviso, que cambia de opinión o toma decisiones que parecen puro capricho. Hasta el punto que será “Yahvéh Dios” quien después de Noé limitará la edad del hombre a 120 años, cuando sus predecesores habían vivido hasta 900, y todo motivado porque los hijos de “Dios”, ¿del otro dios?, habían yacido con las hijas de los hombres.

He aquí que aparece el castigo por el pecado sexual infligido por un dios a sus hijas y a los hijos del otro dios. Ese otro “Dios” que crea al hombre y la mujer a su imagen y semejanza, mientras que “Yahvéh Dios”, formó al hombre del polvo de la tierra y a la mujer de una costilla de éste.

Cualquiera diría que se trata de dos científicos que comparten experimentos genéticos, uno más hábil y el otro, el de peor humor, más chapucero. Todo vale y todo el mundo es feliz, hasta que los cobayas deciden hacer experimentos por su cuenta y riesgo. Al parecer “Yahvéh Dios” ve en el sexo al peor enemigo para mantener la pureza de su raza; algo que demostrará a lo largo de todo el Antiguo Testamento.

Pero, por el momento, no se trata aquí de seguir la pista de un supuesto dios de mal carácter, sino la de quien dicen que fue su opositor: Satanás o el Diablo. Estos dos términos protagonizan más de un pasaje del Antiguo

Testamento, pero no siempre con el mismo sentido, ni aludiendo a lo que en principio se podía suponer.

Los demonios en la Biblia

Estamos acostumbrados a leer el Antiguo Testamento como un relato que habla sobre la historia del pueblo de Israel pensando que fue escrito paralelamente a los sucesos que relata. Sin embargo, conviene aclarar que no se conservan los que podríamos llamar textos originales, sino que lo que disponemos es de copias realizadas de otras copias basadas en una tradición oral y que más tarde serían tamizadas además por varias traducciones.

Por eso, a pesar de que el Antiguo Testamento retroceda en el tiempo hasta los siglos XVIII-XIV a.C., se trata, en realidad, de la progresiva fusión de tradiciones que será fijada por escrito a partir de la monarquía davídico-salomónica en el siglo X a.C. Y aún así, tampoco conservamos originales de aquella época.

Pese a quien pese, habría que esperar hasta 1546, en el Concilio de Trento, para que se fijase un Canon definitivo de los Libros Sagrados, con todo lo que eso supone. Es decir, siglos de modificaciones, adulteraciones, censuras y adiciones en unos textos que debían adaptarse a las exigencias de la jerarquía del momento.

Una posición que pone en evidencia la intransigencia de la Iglesia para dejar que los estudios sobre la Biblia recorran su camino libremente es que hasta hoy en día muchos de sus miembros siguen aceptando la versión de que Moisés fue el autor del Pentateuco, los cinco primeros libros del Antiguo Testamento, compuestos por el Génesis, el Éxodo, el Levítico, los Números y el Deuteronomio. Lo que parece demostrar que ellos mismos no lo han leído.

Sin dar más rodeos: Si el Deuteronomio hubiese sido escrito antes de entrar los hebreos en Canaán, ¿cómo sabía Moisés que se rompería la alianza, que irían a dar culto a otros dioses, que se descargarían las maldiciones "escritas en este

libro", cómo sabía que serían lanzados a otros países hasta ahora?. Bien, aceptemos que fue revelación, al fin y al cabo, Moisés es considerado un profeta. Pero, aún aceptando esa forma anticientífica de abordar los textos, alguien se puede creer que un personaje tan solemne como Moisés podría escribir sobre sí mismo: «*Moisés era un hombre dulce; el más dulce del mundo*» (Núm 12, 3-4). ¿De verdad alguien cree que Moisés diría eso de sí mismo? Por otra parte, en Deuteronomio 34, está la narración de su propia muerte y, quienes creen en la autoría de Moisés, parecen pensar que llegó a emocionarse hasta tal punto que le dio un toque romántico: «... y *nadie hasta hoy sabe dónde está su tumba*» (Dt 34, 6).

Hoy se sabe que el Deuteronomio es una obra del profeta Jeremías encontrada en tiempos del rey Yosías en el Templo (622 a.C.) por Helcías, precisamente padre de Jeremías, y que dio lugar a profundas medidas de reforma religiosa; y que los otros cuatro libros son recopilaciones hechas por el persa Esdras y la clase sacerdotal de manuscritos que circulaban tanto por el reino del Norte, Israel, como por el del sur, Judá, con versiones judías de mitos anteriores de otros pueblos. En cuanto, específicamente, el Génesis, los estudiosos actuales consideran que se trata de una recopilación de fuentes Yahvistas y Elohistas y el Código Sacerdotal.

Todo esto, tal vez, sirva para aclarar que el mensaje bíblico no es tan unitario y premeditado como parece y de ello podemos deducir que en sus textos se pueden esconder sucesos del pasado que bien pudieron ser mitificados hasta terminar como base de una teología construida sobre la parte fantástica de los mismos. La cuestión está en saber qué esconden y, por el momento, quién es ese personaje maléfico que se pasea por ellos; si es que se trata de uno solo o si alguna vez estuvo de verdad.

En los tiempos bíblicos la gente creía que los demonios eran dioses menores a los cuales podían adorar para que terminaran los problemas que llegaban a su vida. Por lo tanto, hicieron modelos de demonios que eran igual que ídolos, y los adoraban.

Esta identificación entre ídolos y demonios, lejos de verse como una personificación del Mal, aparece, exclusivamente, como un proceso mental. Así, en el Deuteronomio se advierte que la enfermedad mental será uno de los castigos por adorar a ídolos o demonios; y esto explica que en el Nuevo Testamento se vinculen a los demonios con las enfermedades mentales. Pero debe observarse que el lenguaje de demonios se vincula con enfermedades, no con el pecado. No leemos que existan demonios de la envidia o del asesinato. También debe observarse que la Biblia habla de que la gente tiene un demonio o enfermedad, y no que los demonios causaron la enfermedad. En los Salmos se describen los errores de Israel y compara a los ídolos de Canaán con los demonios: *«Y (los hijos de Israel) sirvieron a sus ídolos, los cuales fueron causa de su ruina. Sacrificaron sus hijos y sus hijas a los demonios, y derramaron la sangre inocente, la sangre de sus hijos y de sus hijas, que ofrecieron en sacrificio a los ídolos de Canaán... Se contaminaron así con sus obras, y se prostituyeron con sus hechos».*

Queda claramente demostrado que los demonios son sólo otro nombre para ídolos. Dios la adoración a esos demonios como adoración de sus obras, sus hechos, porque su creencia en demonios era el resultado de la imaginación humana; los ídolos que ellos crearon eran sus actos. Así que aquellos que hoy día creen en demonios están creyendo en cosas que han sido imaginadas por hombres, la creación de hombres, más bien que lo que nos ha enseñado Dios.

El Deuteronomio describe la ira de Dios cuando su pueblo cree en demonios: Israel *«menospreció la Roca de su salvación. Le despertaron a celos con los dioses ajenos; lo provocaron a ira con abominaciones. Sacrificaron a los demonios, y no a Dios; a dioses que no habían conocido... que no habían temido vuestros padres... y Dios dijo: Esconderé de ellos mi rostro... porque son una generación perversa, hijos infieles. Ellos me movieron a celos con lo que no es Dios; me provocaron a ira con sus ídolos... Yo amontonaré males sobre ellos».* Así que Dios describe a los demonios como lo mismo que ídolos, abominaciones y vanidades, cosas en las cuales es en vano creer, que no tienen existencia.

Algunas veces las palabras originales del texto bíblico se dejan sin traducir. “Satanás” es una variante de la palabra hebrea “satán” que no se tradujo, y que significa “adversario”, mientras que “diablo” es una traducción de la palabra griega “diabolos”, que significa mentiroso, enemigo, o falso acusador. Sin embargo, no siempre que encontremos los nombres de Satanás o Diablo debemos pensar que se refieren al responsable del pecado. El uso bíblico de estas palabras muestra que se pueden usar como adjetivos comunes para describir a personas comunes.

a) “Satanás” en las Escrituras

En el libro 1 Reyes se dice que «*Yahvéh creó a Salomón un adversario (un satanás) de nombre Hadad, edomita*». Y un poco más adelante, vuelve con «*Yahvéh incitó además como adversario (satanás) contra Salomón a Rezón... y fue adversario (satanás) de Israel todos los días de Salomón*». Esto no puede ser interpretado como que Yahvéh envió a un ser sobrenatural o un ángel para que fuera un adversario (Satanás) de Salomón; Yahvéh envió a hombres comunes.

El evangelista Mateo suministra otro ejemplo del uso de “satanás” como forma impersonal: Pedro había estado tratando de disuadir a Jesús de que fuera a Jerusalén a morir en la cruz. Jesús se volvió y le dijo a Pedro: «*¡Quítate de delante de mí, Satanás!... porque no pones la mira en las cosas de Dios, sino en las de los hombres*». De modo que a Pedro se le llamó satanás. El relato es claro como el cristal y Cristo no estaba hablando a un ángel o a un monstruo cuando pronunció estas palabras; él estaba hablando a Pedro.

La palabra “satanás”, pues, sólo significa un adversario y esto puede comprobarse de forma explícita con los libros de Samuel y Crónicas, donde aparecen relatos paralelos de los mismos incidentes. En 2 Samuel se dice: «*Yahvéh incitó a David contra los israelitas para que hiciese un censo de Israel y Judá*». El relato paralelo en 1 Crónicas se dice que «*Satanás se levantó contra Israel, e incitó a David*» para que hiciese un censo. En un pasaje el incitador es Dios, en el otro es Satanás.

b) “Diablo” en las Escrituras

La palabra “diablo” también es una palabra ordinaria y no un nombre propio. Sin embargo, a diferencia de “Satanás”, siempre se usa en un sentido ignominioso. Jesús dijo: «*¿No os he escogido yo a vosotros, a los doce?, y, sin embargo, uno de vosotros es un diablo*» (Jn. 6:70). Claro está, se refería a Judas Iscariote., y no a que uno de sus apóstoles fuese en realidad un demonio.

En la primera carta a Timoteo se suministra otro ejemplo. San Pablo advierte que las esposas de los ancianos de la iglesia no habían de ser "calumniadoras"; pero aquí la palabra griega original utilizada es “diabolos”, que es la misma palabra traducida en otros pasajes como “diablo”.

Existen numerosos ejemplos, pero los reflejados son indicio suficiente de que las palabras “diablo” y “Satanás” no siempre se refieren a un ángel caído o a un ser maligno enemigo de Dios. Las palabras “Satanás” y “diablo” se usan figurativamente para describir las tendencias pecaminosas naturales que hay dentro de los hombres. Esto llevará a que la conexión entre el Diablo y el pecado empiece a asociarse apoyándose en la interpretación de algunos pasajes. En Hebreos 2:14 se nos dice «*Puesto que esos hijos son de carne y sangre, Jesús también experimentó esta misma condición y, al morir, le quitó su poder al que reinaba por medio de la muerte, es decir, al diablo*». Sin embargo, desde el Génesis se nos ha indicado que la muerte es la consecuencia del pecado, no del Diablo; como se confirma en Romanos 6:23: «*El pecado paga un salario y es la muerte*». En forma similar, Santiago 1:14 dice que nuestros malos deseos nos tientan, llevándonos a pecar y, por lo tanto, a la muerte. Esto muestra que el diablo y las tendencias pecaminosas que están innatas dentro de la naturaleza humana, son efectivamente lo mismo. «El que practica el pecado es del diablo» dice 1 Jn. 3:8.

c) Claves de ciertas expresiones bíblicas

Como ya se ha dicho, en los tiempos de la Biblia era habitual describir a alguien como poseído por demonios si estaba mentalmente enfermo o tenía una enfermedad que nadie entendía. La creencia cultural contemporánea griega y romana era que los demonios podían poseer a las personas, y por tanto crear enfermedades mentales. Aquellos que creían en la existencia de demonios estaban en realidad diciendo que las creencias paganas contemporáneas en ese área eran perfectamente correctas. La Biblia está escrita en lenguaje que la gente puede entender. Tan sólo porque usa el lenguaje cotidiano, eso no significa que la Biblia o Jesús creyeran en demonios. De la misma manera en castellano tenemos la palabra 'lunático' para describir a alguien que está mentalmente enfermo, pero no significa que creamos que la demencia esté ocasionada por la luna.

En los días de Ezequiel había un mito de que la tierra de Israel era responsable de las desventuras de aquellos que la habitaban. Esto no era cierto y sin embargo, Dios razona con Israel usando la idea que entonces era popular. *«Esto dice Yahvéh: Dicen de ti que eres una tierra que come a sus habitantes y que deja a la nación sin hijos. Pues bien, ya no te comerás más a tus habitantes ni dejarás más sin hijos a la nación»*. Había una creencia pagana común de que el mar era un gran monstruo que deseaba engullir a la tierra. Aunque esto es evidentemente falso, la Biblia a menudo usa esta expresión a fin de ayudar a que sus lectores capten la idea que se está presentando. La Biblia está tan solo reflejando las influencias paganas que eran comunes en la época en que fue escrita.

Otro ejemplo se halla en la descripción de relámpagos y nubes de tormenta como una "serpiente tortuosa". Esto estaba evidentemente aludiendo a la creencia pagana de la época de que los relámpagos y formaciones de nubes sobrecogedoras eran en realidad visiones de una inmensa serpiente.

La actitud de Jesús ante la predominante creencia en demonios es idéntica en este punto; sus milagros iban claramente a favor de demostrar que el poder de Dios era absoluto y completo, no limitado por las supersticiones de hombres

referentes a los así llamados “demonios”. La Biblia usa el lenguaje cotidiano en el cual está escrita, sin necesariamente apoyar las creencias que forman la base de ese lenguaje.

En Mateo 12:27 los fariseos acusan a Jesús de hacer milagros por el poder de un dios llamado Beelzebú. Y Jesús, a pesar de que en 2 Reyes se dice que Beelzebú es un dios falso, no duda en responder: «*Si Satanás expulsa a Satanás, está dividido; ¿cómo podrá mantenerse su reino? Y si Beelzebú me ayuda a echar los demonios, ¿quién ayuda a la gente de ustedes cuando los echan?*». En realidad, Jesús no habla como si Beelzebú existiera, en lo que estaba interesado era en hacer llegar su mensaje a la gente a la que él predicaba.

En Hechos 16:16-18 leemos las palabras de Lucas: «*Nos salió al encuentro una muchacha que tenía un espíritu de adivinación*» (en el texto griego: espíritu de Pitón). Pitón era el nombre de un Dios falso en el cual creían algunos en el primer siglo, posiblemente era el mismo dios Apolo. Así que Pitón definitivamente no existía, pero Lucas utiliza ese dicho.

Una breve lectura de la Biblia muestra que a menudo usa la personificación refiriéndose a una idea abstracta como si fuera una persona. Así en Proverbios se habla de una mujer llamada "sabiduría" que edifica una casa o en la Carta a los Romanos se compara al pecado con un pagador que da la paga de la muerte. El "diabolo", representa menudo a los malos deseos o a las acciones perniciosas. A menudo el pecado es personificado como un amo «*porque antes tenían como dueño al pecado*» (Rom, 5:21); por consiguiente es comprensible que al "diablo" también se le personifique, en vista de que "el diablo" también se refiere al pecado.

En el Antiguo Testamento el efecto “devastador” del pecado aparece como “Belial”. Así, en Salmos 18:5 podemos asistir a las dos versiones: «*me espantaban las trompas de Belial*» o «*los torrentes devastadores me aterraban*». Realmente ha sido aceptado que “diablo” y “satanás” se usan, en la mayoría de los casos, para personificar al pecado. Lo que sea el diablo es personificado de varias

maneras: como un león (1 Pedro 5:8), o como un dragón y una serpiente (Apoc. 12:9).

d) Terminología de un contexto político

En el Nuevo Testamento, los nombres “diablo” y “satanás” a menudo se refieren al poder político y social de los sistemas judío y romano. En Apocalipsis 2:10, el diablo aparece como encarcelador: “No tengas miedo por lo que vas a padecer. El diablo meterá a algunos de vosotros en la cárcel para ponerlos a prueba», refiriéndose a las autoridades romanas que encarcelaban a los creyentes. En este mismo contexto leemos que la iglesia en Pérgamo estaba situada donde se hallaba la sede o trono de Satanás; es decir, el lugar de gobierno de una colonia romana en Pérgamo, donde también había un grupo de creyentes.

El pecado individual se define como una transgresión contra la ley de Dios; pero el pecado expresado colectivamente como una fuerza política y social opuesta a Dios es una fuerza más poderosa que el pecado individual. Y este poder colectivo a veces es personificado como un ser poderoso llamado el diablo. En este sentido, Irán y otras potencias islámicas han llamado a los Estados Unidos "el gran Satanás"—es decir, el gran adversario de su causa, en un sentido político y religioso. Así es como las palabras ‘diablo y satanás’ se usan a menudo en la Biblia.

e) La tentación de Jesús en el desierto

Naturalmente, nadie puede olvidarse de la Tentación de Jesús en el desierto, como tampoco podemos dejar a un lado que tanto Mateo como Lucas podrían haberse visto obligados a exagerar la personificación del pecado en un ser individual, para eliminar la impresión de que Jesús hubiese tenido, por sí mismo, debilidades tan humanas.

Dice Mateo 4:1-11: *«El Espíritu condujo a Jesús al desierto para que fuera tentado por el diablo, y después de estar sin comer cuarenta días y cuarenta noches, al final sintió hambre. Entonces se le acercó el tentador y le dijo: “Si eres Hijo de Dios, ordena que estas piedras se conviertan en pan”. Pero Jesús le respondió: “Dice la Escritura: El hombre no vive solamente de pan, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios”. Después, el diablo lo llevó a la Ciudad Santa y lo puso en la parte más alta de la muralla del Templo. Y le dijo: “Si eres Hijo de Dios, tírate de aquí abajo, pues la Escritura dice: Dios dará ordenes a sus ángeles y te llevarán en sus manos para que tus pies no tropiecen en piedra alguna”. Jesús replicó: “Dice también la Escritura: No tentarás al Señor tu Dios”. A continuación lo llevó el diablo a un monte muy alto y le mostró todas las naciones del mundo con todas sus grandezas y maravillas. Y le dijo: “Te daré todo esto si te arrodillas y me adoras”. Jesús le dijo: “Aléjate, Satanás, porque dice la Escritura: Adorarás al Señor tu Dios, y a Él solo servirás”. Entonces lo dejó el diablo y se acercaron los ángeles a servirle».*

El relato, a simple vista, nos muestra una conversación entre dos personajes, Jesús y el Demonio, que parecen enfrentarse en un tira y afloja continuo. Sin embargo, a poco que se analice el contenido del relato surgen las coincidencias con escenas descritas en el Antiguo Testamento, dando la sensación de que se trata de una combinación de hechos reflejados en las Escrituras. Escrituras, por otro lado, que Jesús demuestra conocer, pues se sirve de ellas para combatir al Diablo.

¿Quiere esto decir que se trata de una reconstrucción, de un puzzle ideado por Mateo? No es cometido de este libro analizar esa posibilidad, sino ceñirnos al encubrimiento de una antigua guerra religiosa bajo la apariencia de Satanás; pero sí podemos afirmar que este enfrentamiento con el “demonio” podría ser, en definitiva, un cara a cara de Jesús con sus propios fantasmas, sus tentaciones como hombre.

La escena del monte donde el demonio le muestra todas las naciones es muy similar a cuando a Ezequiel se le mostró desde una elevada montaña cómo sería el Reino. Y parece que Jesús debió recordar lo que se dice en Daniel, donde

se recalca que *«el Dios Altísimo tiene en su mano los tronos de los hombres y coloca en ellos a quien quiere»*. Jesús tenía que saber que sólo Dios, nadie más, podía darle el Reino; por lo tanto, no habría sido una verdadera tentación si un ser maligno afirmaba poder dar a Jesús el Reino, cuando él sabía que sólo Dios tenía ese poder. Sin embargo, Jesús sabía que su Padre le había concedido ese Reino, y el “diablo” (o sea, los malos pensamientos) dentro de Jesús debe haberle sugerido que él podía tomar ese Reino inmediatamente.

Con su conocimiento de la Escritura, Cristo había visto las similitudes entre él y Elías, cuya entereza se vino abajo después de 40 días en el desierto y Moisés, quien perdió el derecho a su inmediata herencia de la tierra al término de 40 años en el desierto. Al término de 40 días, Jesús estaba en una situación similar a la de ellos, enfrentado a una verdadera posibilidad de fracaso. Moisés y Elías fracasaron debido a la debilidad humana, no por causa de las argucias del "diablo", y seguramente era esta misma debilidad humana, el "satanás" o adversario, lo que estaba tentado a Jesús.

La continua repetición, por parte del Diablo, de las palabras “Si eres hijo de Dios”, parece indicar una preocupación totalmente lógica en quien se iba a presentar como el Mesías. ¿Cómo no iba a dudar de si él era realmente el Hijo de Dios, cuando todos los demás pensaban que era hijo de José.

Las respuestas de Jesús para fortalecerse contra sus malos deseos ("el diablo") corresponden a las Escrituras, como haría cualquier fiel al apoyarse en un libro sagrado para combatir sus tentaciones, aprendiendo de su sabiduría.

El desquite final

El libro del Apocalipsis, compuesto por Juan de Patmos alrededor del año 95 d.C., en las postrimerías del imperio de Domiciano, ha planteado siempre arduos problemas a la hora de su interpretación. Se trata de un texto visionario, lleno de símbolos complejos e imágenes contradictorias, que ha suscitado miles de comentarios desde la época de su redacción.

Desde los que lo interpretan como un anuncio de la victoria de Cristo, hasta los que rebuscan en el texto imágenes o cifras que se correspondan con acontecimientos actuales, como si ansiaran la llegada del ocaso de la civilización, todos se encuentran con el mismo problema: el Apocalipsis es muy difícil de cuadrar. ¿Cuántos han intentado cuadrar las contradicciones entre la bestia por un lado, Satanás por otro y el falso profeta por otro? ¿Quién puede explicar por qué hay dos monstruos, si al parecer tendrían que ser el mismo Satanás?

En el capítulo 13 aparece bien clara esta circunstancia y los laberintos seguidos por muchos, nunca han conseguido aclararlo completamente: Si Satanás es uno, ¿cómo es posible que se diga en (13:1) «*vi subir del mar una bestia que tenía siete cabezas y diez cuernos...*» y luego en (13:11) «*vi otra bestia que subía del mar y tenía dos cuernos semejantes a los de un cordero pero hablaba como un dragón...*»? ¿Una bestia de la tierra y otra del mar?

La Biblia ya nos tiene acostumbrados a esas contradicciones, como cuando Yahvéh intenta matar a su pueblo Israel, pero Moisés se lo impide. Las diferentes pautas de comportamiento de un mismo dios, hacen ver pensar muchas veces que en realidad los textos sagrados son eso, una amalgama de textos que, tras tantas modificaciones para justificar lo que más de una vez fue injustificable, terminaron por conformar un maraña en la que cualquier investigador puede quedar atrapado sin remisión.

No obstante, cuando los estudios sobre el Apocalipsis considerado como una profecía que habla de acontecimientos presentes y futuros no funcionan, ¿por qué no probar a analizarlo como un libro que en realidad está hablando del pasado? Al fin y al cabo, en la propia narración tanto Jesús como los ángeles hablan de ese libro como si ya hubiese sido escrito. Nadie puede negar que en sus versículos hay continuas referencias e incluso interpolaciones de hechos narrados en el Antiguo Testamento, entonces, ¿no sería posible que Juan describiera también una antigua batalla, transmitida de generación en generación, a la que más tarde le da un final feliz, un final que años atrás no tuvo?

Manejando ese tipo de material tan poco definido, tergiversado por miles de años, es bastante normal que Juan no pueda ser muy preciso; pero, desde esta nueva perspectiva, se pueden encontrar ciertas pistas que abundan en la idea de que se trata, en cierto modo, de un relato pretérito.

Resulta bastante incomprensible que muy pocos investigadores hayan reparado en un detalle fundamental de la descripción de la mujer en el versículo primero del capítulo 12, una mujer que será interpretada por los cristianos como la representación de la Madre Iglesia: *«Apareció en el cielo una gran señal: una mujer vestida del sol, con la luna debajo de sus pies, y sobre su cabeza una corona de doce estrellas»*.

Los símbolos que acompañan a la imagen de esta mujer, tantas veces utilizada posteriormente en otras vírgenes como en la Inmaculada Concepción, coinciden exactamente con los utilizados en las descripciones de la diosa egipcia Isis, miles de años más antigua que Juan de Patmos y la Virgen María. Pero eso no puede sorprender a nadie, ya que cada vez se hace más patente la apropiación cristiana de la simbología y los conceptos teológicos de la religión egipcia.

Es de conocimiento público que algunas imágenes de Isis lactantis o de Isis sedente con Harpócrates (el niño Horus) en su regazo, fueron confundidas con los primeros cristianos (cuando no plagiadas) como retratos de la Virgen con el Niño Jesús. Lo que ya no resulta tan comprensible es que un hombre que escribe en griego, hacia finales del siglo I, utilice una imagen egipcia para describir a la única presencia femenina que aparece en el texto. Una descripción de la diosa Isis que, naturalmente, también aparece como madre.

Pero a esa madre la despojan de su hijo, y si seguimos con el método de ir hacia atrás, guiándonos por esa representación de estilo egipcio, la encontraremos en una niña de la tribu de Leví, la madre de Moisés, que pone a salvo a su hijo de la persecución ordenada por el faraón.

¿Estará hablándonos Juan de Patmos de una historia que sucedió en Egipto? Después de todo la visión del profeta se inicia con una descripción que a todos nos recuerda a las impresionantes estatuas halladas en las tumbas de los

faraones: «y en el trono, uno sentado. Y el aspecto del que estaba sentado era semejante a piedra de jaspe y de cornalina». Naturalmente, esto sólo es una percepción particular, aunque parece que los faraones están empeñados en seguir apareciendo.

Volviendo a la escena donde aparece la mujer, se nos dice: «*También apareció otra señal en el cielo: he aquí un gran dragón escarlata, que tenía siete cabezas y diez cuernos, y en sus cabezas siete diademas; y su cola arrastraba la tercera parte de las estrellas del cielo, y las arrojó sobre la tierra. Y el dragón se paró frente a la mujer que estaba para dar a luz, a fin de devorar a su hijo tan pronto como naciese. Y ella dio a luz un hijo varón, que regirá con vara de hierro a todas las naciones; y su hijo fue arrebatado para Dios y para su trono. Y la mujer huyó al desierto*». He aquí que aparece el dragón que tanto hemos perseguido desde el comienzo de este libro, ¿pero se trata de él realmente?

En Ezequiel 29:2-3 nos aclaran de quien se trata: «*Hijo de hombre, habla para el Faraón, el rey de Egipto y profetiza en contra de él y de todo Egipto. Le dirás de parte de Yahvéh: Me dirijo contra ti, Faraón, gran Dragón. Te pavoneas en medio de tus canales diciendo: ¡Mis canales me pertenecen porque yo los mandé cavar!*». Aquí está el dragón, un dragón que presume de ser el amo del río y sus canales, un dragón que controla el Nilo, pues procede de las tierras de su nacimiento y con sus canales puede controlar el volumen de agua y anegar las tierras más bajas. Y cualquiera diría que el texto del Apocalipsis 12:13 se refiere a lo mismo: «*Y cuando vio el dragón que había sido arrojado a la tierra, persiguió a la mujer que había dado a luz al hijo varón... Y la serpiente arrojó de su boca, tras la mujer, agua como un río, para que fuese arrastrada por el río. Pero la tierra ayudó a la mujer, pues la tierra abrió su boca y tragó el río que el dragón había echado de su boca. Entonces el dragón se llenó de ira contra la mujer*».

Las leyendas de la época predinástica egipcia nos hablan de una historia en la que un rey del norte de Egipto (lo que se conoce como Bajo Egipto, tierras cercanas al delta del Nilo) adorador de la divinidad Seth, invadió el sur, donde el dios supremo era As-Ar. Y que, al parecer, los adoradores de Seth triunfaron

sobre los sureños seguidores de As-Ar. Hasta que éstos iniciaron una gesta para liberarse terminando con una gran victoria; y Seth, como divinidad de los perdedores, pasó a representar el mal. Así se fundaría la primera Dinastía, la que unificó los dos reinos del Alto y Bajo Egipto, iniciada por Menes o Armer, hijo del rey vencedor que fue conocido como el Rey Escorpión (ver obra del mismo título en esta colección).

¿Por qué no pensar que la batalla que se narra tanto en el Génesis como en el Apocalipsis es la misma? ¿No repite acaso Juan de Patmos la misma narración en Ap. 12:7 cuando dice: *«Después hubo una gran batalla en el cielo: Miguel y sus ángeles luchaban contra el dragón; y luchaban el dragón y sus ángeles; pero no prevalecieron, ni se halló ya lugar para ellos en el cielo. Y fue lanzado fuera el gran dragón, la serpiente antigua, que se llama diablo y Satanás, el cual engaña al mundo entero; fue arrojado a la tierra, y sus ángeles fueron arrojados con él»*? ¿No recuerdan las palabras de Isaías al deseo de condenar a un rey que ambicionaba el trono del Norte? Dice Isaías: *«¡Cómo has caído del cielo, oh Lucifer, hijo de la mañana! ¡Cómo te has venido al suelo, tú que debilitaste las naciones! Pues te dijiste en tu corazón, me elevaré a los cielos, exaltaré mi trono por encima de las estrellas de Dios; me sentaré también en el monte de la asamblea, en la parte del Norte; subiré más allá de las alturas de las nubes; seré igual al Altísimo. Sin embargo, serás arrojado al infierno, a lo profundo del abismo»*.

¿Por qué no suponer que la Biblia oculta entre sus textos una batalla entre dos dioses, cuando en el mismo Génesis parece adivinarse que ya existe esa diferencia? ¿Acaso no fue otro Seth, emparentado con Enoch, quien fue dado a Eva tras la muerte de Abel, ese hijo arrebatado? He aquí las dos bestias del Apocalipsis: por un lado los sucesores del Rey Escorpión, adoradores de As-Ar, procedentes de las tierras desérticas del sur, donde las tierras daban escasos frutos, como le sucedía a Caín; y por otro, los adoradores de Seth, establecidos en las ricas tierras norteñas, donde los pastos regados por el delta del Nilo, alimentaban a un espléndido ganado como el de Abel.

En realidad, el Apocalipsis parece indicar que llegará un tiempo en que la revancha sea completada por Jesús. No es más que la transcripción a un dios del sueño de unos fieles que fueron derrotados, que sufrieron el exilio, fuera de su tierra egipcia y que esperan que Seth, encarnado en Moisés, encarnado finalmente en Jesús, los libere. Un Jesús que se educó en Egipto y que tal vez allí conoció el misterio de los orígenes de la religión de sus padres, pero que quiso superarla. Él, descendiente de Moisés, de la tribu de Leví, pudo conocer también los entresijos de aquella batalla celebrada en Egipto, una batalla desencadenada entre el dragón, también conocido como la vieja serpiente, también conocido como el escorpión, y el bando perdedor, adorador del dios Seth, que no simbolizaba a otro que a su homónimo del Edén, el tercer hijo de Adán, y que fue exiliado a los desiertos para luego renacer en el culto del dios monoteísta, del Atón egipcio, del Adonai de Israel, en los tiempos de Akenathon y Moisés.

Caín mató Abel y el Señor para remplazar tal pérdida, dio Seth a Adán. Él murió y sucesivamente se reencarnó en Moisés para guiar al pueblo, pues, según Adán, Seth era la reencarnación de Abel. Caín murió y su alma esperó hasta que Abel volviera como Moisés, reencarnándose entonces en el egipcio que Moisés mató. Por lo tanto, Abel vuelve en la persona de Moisés, encuentra a Caín que es el egipcio y lo mata.

Toda una eternidad de milenios para que Cristo con su sangre lave la afrenta y redima a Adán, como aparece narrado en muchos de los apócrifos que incluyen la leyenda del Gólgota. Dice Jesús en el evangelio de San Lucas: *«os he dado autoridad para pisotear serpientes y escorpiones y poder sobre toda fuerza enemiga: no habrá arma que os haga daño»*.

Un Cristo que sale vencedor, como un sol radiante del amanecer. Un Cristo, que ostenta muchas de las características de Horus. No olvidemos que en el mito egipcio el sol poniente, Osiris, perece a causa de la noche, Seth, para renacer en la forma de Horus.

¿Se encuentra entonces en esta interpretación la clave del Apocalipsis? ¿El texto de Juan sería pues el reflejo de una antigua batalla y la profecía de una victoria futura sobre las antiguas religiones politeístas? Naturalmente, existen confusiones, se condena también al otro bando, porque no siempre se comportó con justicia. De ahí la problemática del Antiguo Testamento con respecto al comportamiento de Yahvéh. No siempre es un dios justo, a veces se contradice e incluso piensa en eliminar a su pueblo. Yahvéh es un dios que contiene en sí lo bueno y lo malo, como otros dioses egipcios, pero igual que Seth, aspira a ser un dios único.

Prueba de que ese dios puede llegar también a ser francamente brutal y, quizás de ahí la mala fama de Seth, son decisiones de Yahvéh, como cuando reprocha: *«¿Por qué habéis dejado con vida a las mujeres y a los niños?... Matad a todos los niños varones y a todas las mujeres que hayan conocido varón... dejad con vida, para vosotros, a todas las jóvenes que no han conocido varón... Del botín apresado por los hombres de guerra... tomó Moisés uno de cada cincuenta, tanto de personas como de animales, y se los entregó a los levitas que prestaban servicio en el tabernáculo de Yahvéh, conforme a lo que Yahvéh había ordenado a Moisés»* (Núm 31, 14-18; 32-47; Dt 21, 10). Ordenes de exterminio y de violaciones de niñas vírgenes puestas al servicio de los soldados y oficiales después de asesinar a sus padres, madres, hermanos..., de rapiña, de entregas de miles de personas a Yahvéh y a los sacerdotes levitas... Si a los animales se les sacrificaba por anatema, ¿qué se hacía con las personas? Lo mismo: sacrificarlas. Ni siquiera se tiene en cuenta la posibilidad de que se convirtiesen. Las únicas alternativas eran el genocidio y la esclavitud.

Lo cierto y lo extraño de Yahvéh frente a los demás dioses del resto de las mitologías, salvo el Atón egipcio, era que no se manifestaba de forma directa, sino ocultando su apariencia normal en virtud de una ley que impedía incluso a sus más allegados, observarlo directamente, Pero aún más extraño es que decidiera mostrarse por primera vez en la historia entre las ramas de una zarza a Moisés, sobre todo cuando las zarzas y todas las plantas con espinas eran despreciadas

entre los israelitas, ya que en la misma Biblia Dios castiga a Adán y Eva por su pecado, entre otras cosas, con que la tierra les produzca espinas y cardos.

No es pues de extrañar que se acumulen las confusiones. Posiblemente fue el mismo Ezequiel quien agregó la anécdota de la seducción de Adán y Eva por la serpiente, en el mito de la Creación del Génesis, para combatir a los cultos ofitas tan extendidos por toda la zona.

Se trata pues de establecer que Satanás, o el Diablo, no tiene nada que ver en la Biblia con la concepción que mucho después se le dio como ser sobrenatural y rey de los Infiernos, capaz de tentar a nuestro espíritu. Esos nombres de demonios deben ser interpretados como nuestras propias debilidades y si se habla de un Enemigo, personalizado, ese no es sobrenatural, sino que se refiere al bando de los egipcios politeístas que derrotó a los monoteístas expulsándolos de Egipto y otras veces harán mención al dios Seth, quien en el mito osiríaco aparece también como asesino de su hermano.

Seguimos, por tanto, hablando de historia sagrada; pero con otros referentes que quizá expliquen las múltiples contradicciones introducidas por la Iglesia, a partir de San Pablo, para negar ese origen egipcio de la religión cristiana; para instituir la como novedosa y revelada, y no como la sucesión de una dinastía que viene desde lo que se recordó como el Edén y no era otra cosa que Egipto.

A la luz de esta interpretación de algunos aspectos de la Biblia, la presencia del Mal se nos muestra más anclada en la realidad, por mucho que esa realidad se refiera a unos hechos que se han ido desdibujando a lo largo de la historia. Sólo que la interpretación que hace Juan está muy influenciada por los gnósticos (es el primero que menciona a Cristo como "Logos") y tiende a concebir el conflicto como el dual enfrentamiento entre el Bien y el Mal. Los gnósticos daban mucha importancia a la cosmogonía, el tema de la caída, la redención y la consumación, y el Apocalipsis de Juan es fiel reflejo de ello.

De igual manera, gnósticos como Basílides y Valentín, supieron ver esa diferencia entre las dos voces de Dios en el Génesis, por eso creían en la existencia de un Dios trascendente y desconocido, mientras identificaban a un demiurgo, creador del imperfecto mundo físico, con el Yahvéh o Jehová bíblico.

Quizás ellos, más que nadie, estaban preparados para comprender el sentido del Pecado Original, ya que igual que Adán y Eva, su doctrina intentaba adquirir un conocimiento de orden sobrenatural, pero independientemente de la gracia de Dios. Lo mismo que se deduce de las palabras del Génesis, cuando la serpiente le ofrece a Eva la sabiduría que le permitirá ser igual a los dioses.